

Jueves Santo 1 de Abril de 2010

“Los amó hasta el extremo”

El dicho popular de que el Jueves Santo reluce más que el sol, encierra una honda y sencilla vivencia. El sol es luz y calor, vida y fuerza, alegría y esperanza. Todo esto y más es el Jueves Santo que celebramos.

Juan señala que “sabiendo Jesús que había llegado su hora de pasar de este mundo al Padre”. Hora anunciada repetidas veces y siempre esperada: “Todavía no ha llegado mi hora” (Jn 2, 4). Momento culminante de amor, amor también anunciado: “Tanto amó Dios al mundo” (Jn 3, 16), y hecho realidad desbordante: “Los amó hasta el extremo”.

De ese amor brota una luz más fuerte que la del sol, rompiendo las tinieblas que nos envuelven que impiden vivir con un sentido pleno y gozoso.

Ante el orgullo, la soberbia, el no saber valorar a los demás, causa de tanta marginación y olvido, Jesús “se pone a los pies de sus discípulos”. Gesto, expresión de una riqueza y grandeza interior, de una actitud vital de servicio y entrega a los demás, reconocimiento de su ser persona y de su valor no por lo que se tiene y se puede hacer, sino por lo que se es. En Jesús, que vino a salvar, este gesto no es extraño. De una u otra forma lo había hecho siempre: se acerca a todos, acoge a todos sin distinción, se vuelca con los más marginados y excluidos de la sociedad. Gesto dignificador y liberador, norma y modelo para el establecimiento de cualquier forma de convivencia humana en paz y armonía.

Estamos acostumbrados a estadísticas que hablan de desigualdad entre los humanos llegando a situaciones de injusticias y tragedias deshumanizantes. Hay una línea divisoria, ya aceptada: países ricos y países pobres; primer mundo y tercer mundo. Mientras tanto se vociferan los derechos humanos para todos. Pero da la sensación que la cosa va para largo.

De Jesús brota una luz que quiere disipar las tinieblas de la ambición humana. No da cosas que le sobran, se da a sí mismo con una entrega y generosidad desbordante: “Tomad y comed, esto es mi cuerpo.... Tomad y bebed todos que esta es mi sangre” (Mt 26, 27 – 28). Jesús se reparte entre los que necesitan la luz, la verdad y la vida de un amor capaz de romper ambiciones y fronteras desde el compromiso y la solidaridad. La Eucaristía no es para tranquilizar nuestras conciencias, sino expresión y fuerza de un verdadero amor fraterno que trabaja y lucha por un mundo más justo, más humano, compromiso de una profunda transformación de nuestra sociedad.

Hablamos mucho de amor. Tenemos gestos y expresiones de amor buscando ser correspondidos y valorados. Un amor así es frágil y pequeño. Necesitamos un amor fuerte e incondicional. Jesús nos lo deja como único mandamiento que sostenga y

oriente nuestra vida: "Os doy un mandamiento nuevo, que os améis unos a otros, igual que yo os he amado, amaos también entre vosotros" (Jn 15, 34). El amor de Jesús es luz que se proyecta sobre nuestro corazón para descubrir el modelo que nos lleve al amor verdadero desde la aceptación, comprensión y entrega, como lo hace Jesús.

La narración del lavatorio de los pies termina con esta recomendación de Jesús: "Os he dado ejemplo para que hagáis vosotros lo mismo que yo he hecho". Es toda una tarea, un compromiso, una manera nueva de vivir desde el encuentro con Jesús, cuya luz se proyecta sobre nosotros abriéndonos caminos de vida, fortaleciendo nuestra voluntad de entrega, alegrándonos con la verdad de una vida de amor sincero como respuesta a un Amor recibido.

Joaquin Obando Carvajal